

# EL MATARIFÉ

FERNANDO LALANA



Editorial Bambú  
es un sello de Editorial Casals, SA

© 2017, Fernando Lalana, por el texto  
© 2017, Editorial Casals, SA, por esta edición  
Casp, 79 – 08013 Barcelona  
Tel.: 902 107 007  
editorialbambu.com  
bambulector.com

Ilustración de la cubierta: Martín Romero  
Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: febrero de 2017  
ISBN: 978-84-8343-513-7  
Depósito legal: B-1254-2017  
*Printed in Spain*  
Impreso en Anzos, SL  
Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

## UNO

No elegimos nuestras pesadillas. Ellas nos eligen a nosotros.

**G**ermán despertó, sediento, de un sueño agitado en el que se sentía morir ahogado en el mar de los Sargazos, mar de piratas del que había sabido de niño leyendo novelas de Emilio Salgari: *El corsario negro*, *La reina de los caribes*, *Honorata de Wan-Guld...*

Los sargazos. Algas que crean praderas inmensas, tupidísimas, cerca de la superficie. Se reproducen por esquejes, así que, si los cortas en trozos, se multiplican. Si intentas nadar entre los sargazos, ellos te atrapan, te arropan, te seducen, se enredan a tu cuerpo, te inmovilizan y mueres. Mueres en una muerte horrenda, lenta, por asfixia; esa muerte a la que ves venir pero no puedes esquivar; esa muerte que todos hemos temido alguna vez, que todos hemos imaginado en nuestras peores pesadillas. Esa muerte de la que escapamos en el último instante, al despertar en medio de un sudoroso escalofrío y de un grito que te araña la garganta.

Germán no gritó ni se agitó. Simplemente, abrió los ojos. El corazón se le había encabritado, pero él se mantuvo inmóvil, apretando los dientes, hasta que su ritmo cardiaco menguó y dejó de sentirlo como un redoble en las sienes.

Ya era de día. La luz que se filtraba por la ventana era pobre, gris. Luz de estaño, a causa de la niebla.

Enseguida fijó la vista en el techo de la habitación. Allí estaba, todavía, también hoy, el rostro de la mujer. Seguía creciendo.

Desde hacía una semana, una extraña mancha de humedad había aparecido en el techo de su habitación. Lo hizo justo el mismo día en que la niebla, la maldita niebla, se precipitó sobre la ciudad para ya no levantar. Al principio, Germán no le concedió importancia. Solo era una mancha. Pinceladas de moho verdinegro dibujadas aparentemente al azar sobre el lienzo invertido del cielorraso de escayola. Culpa de una gotera en el tejado, tal vez. De un poro en una cañería, quizá. El agua siempre busca un camino y, finalmente, emerge en el lugar más insospechado. En esta ocasión, justo encima de su cama. Exactamente sobre su cabeza, así que, desde hacía siete días, era lo primero que veía cada mañana al abrir los ojos. Creciendo con rapidez, extendiéndose como una epidemia en miniatura.

A partir del tercer día, Germán se percató de que la mancha lo miraba. De algún modo, lo observaba. La mancha iba dibujando en el techo del cuarto de Germán un rostro cada vez más completo. Un rostro esquemático, pero delicado; un rostro Boticelli; un rostro Modigliani; un rostro que lo miraba, que parecía velar su sueño. O amenazar su vigilia.

Al principio, pensó que era su imaginación, como el que descubre figuras en las nubes. Pero ahora ya no. Las nubes cambian y donde ahora hay un toro, diez minutos más tarde puede haber un torero. La mancha, en cambio, no cambiaba. Se iba perfilando, definiéndose, ganando precisión; pero siempre mostraba el mismo rostro. Cada mañana, al despertar, la mirada de la mancha se había vuelto más intensa e inquietante. Y seguía creciendo, día tras día, incorporando nuevos detalles. Era un rostro de mujer. Una mujer hermosa pero atormentada; una mujer enérgica; una mujer en busca de venganza. Pero siempre la misma mujer.

Esa noche, Germán intentaría hablar con ella, lo había decidido. De día no era posible porque permanecía inmóvil, la mirada fija y quietos los labios. Sin embargo, de noche, iluminada por la llama temblorosa de una única vela, el rostro cobraba vida. Palpitaba. Germán estaba seguro de que ella intentaba hablarle, revelar su secreta desgracia. Su amargura.

Él haría lo posible por escucharla, ya que no la conocía. No podía conocerla, porque hasta unos años más tarde no se asomaría a las pantallas de cine de todo el mundo. Aunque Germán no lo supiera, aquel era el rostro de Lauren Bacall.

## Progeria

Germán se incorporó con esfuerzo y con frío, hasta quedar sentado en el borde de la cama. Una familia monoparental

de cucarachas caminaba junto a la pared. Papá cucaracho y sus tres hijos se introdujeron por la rendija que separaba dos de las piezas de madera del rodapié.

Las cucarachas odian el frío, así que en invierno se dejan ver poco. Sin embargo, ahí estaban esas cuatro, a la vista, camino de su guarida. Germán se preguntó cuántas cucarachas habría al otro lado de la pared para que algunas de ellas salieran a pasear en pleno invierno. Tenían que ser centenares. Miles, quizá. Al llegar el verano perdían la vergüenza y correteaban por toda la casa, día y noche. Las encontrabas por doquier: entre la ropa, en la bañera, entre la vajilla, sobre la cama, por todas partes. Negras, pardas y rubias. Nacionales y de importación. Asquerosas todas. A veces, imaginaba el interior de los tabiques abarrotado de cucarachas que ocupaban todos los intersticios del ladrillo, moviéndose como un enjambre, produciendo un sonido característico al rozarse unas con otras, una suerte de zumbido plano, como de lenta piedra de afilar, que Germán creía percibir claramente en el silencio de la noche.

A veces, escuchando el siseo de las cucarachas, pensaba en lo fácil que sería acabar con alguien de una manera horrenda en aquella casa. Bastaría inmovilizarlo de algún modo y, con un golpe de mazo, ocasionar un boquete en la pared. Un boquete que vomitaría todo un torrente de cucarachas que invadirían la habitación y se abalanzarían sobre la víctima haciéndola enloquecer. Devorándola muy poquito a poco.

10

Al pensar en ello, sintió un escalofrío y la sacudida le produjo un doloroso pinchazo en la espalda.

¿Por qué le dolía tanto el cuerpo, el cuerpo entero?

Se asustó al mirarse las manos. ¿Qué le ocurría? La piel ajada, las arrugas, las uñas amarillentas, los dedos retorcidos. Artritis. Artrosis. Algo así. Pero ¿por qué? Esa era una enfermedad de viejos. En realidad, casi todas las enfermedades matan a los viejos, aunque..., no siempre es así. De vez en cuando, alguien aún joven muere como un viejo. Incluso hay una enfermedad que consiste, precisamente, en hacerse viejo siendo joven. Progeria.

Pero no, eso no podía ocurrirle a él. Claro que no.

Se levantó y se acercó al espejo situado sobre el lavabo.

Con alivio, vio su cara, la cara que esperaba. Su cara de doce años y no otra. Por alguna razón misteriosa, sin embargo, sus manos sí parecían pertenecer a otra persona, alguien mucho más viejo; pero su cara aún era su cara.

Germán se vistió lentamente, con dificultad, como un viejo, lanzando de cuando en cuando vistazos de reojo a la grieta de las cucarachas, que no se atrevieron a asomar ni las antenas. Después, hizo la cama con no mucho empeño y salió del cuarto en busca de su madre para descubrir que su madre no estaba en la cocina ni en el cuarto de baño ni en su habitación.

Germán contempló con cierta perplejidad la cama vacía de su madre. Una cama intacta. Sin deshacer. Nadie había dormido en ella. Se preguntó dónde habría pasado su madre la última noche.

En la nevera encontró leche que no olía demasiado mal y se calentó el contenido de un tazón en un cazo eléctrico, de esos que no se ponen al fuego sino que se enchufan. Luego, sumergió en la leche un mendrugo de pan duro,

seco, que flotaba en el líquido blanco como el corcho. Ni a tiros se reblandecía el maldito corrusco.

Desayunó solo, como tantas veces.

## La noche

De pronto, justo a la hora de salir, recordó que no había hecho los deberes. Lo invadió una angustia insoportable. ¿Cómo había podido olvidarlos? ¿Cómo? ¿En qué había perdido las últimas horas de ayer, la tarde entera? No lograba recordar a qué se había dedicado en lugar de hacer los deberes. Le iba a caer una buena bronca de don Saturio. Posiblemente, incluso un bofetón; a don Saturio se le veía últimamente muy crispado y, con frecuencia, lo pagaban sus alumnos.

En fin, ahora ya la cosa no tenía remedio, pues carecía de tiempo. El tiempo es infinito antes de la noche, pero tiende a cero tras el amanecer. Con toda una noche por delante es posible afrontar cualquier tarea, por ardua que sea, por interminable que parezca. Si eres capaz, de algún modo, de permanecer despierto durante toda una noche, puedes hacer los deberes, puedes estudiar para cualquier examen, puedes encontrar la solución a cualquier problema. Puedes escribir un diccionario de jerga criminal, incluso, si sabes lo bastante del tema. En cambio, agotada la noche, en el momento en que el cielo empieza a clarear, ya no hay tiempo para nada. La noche consume las horas como consume las velas, y te deja exhausto, sin capacidad de reacción.

Se dio cuenta de que tenía que salir ya de casa si no quería que Matías, el portero del colegio, le cerrase la puerta trasera, la del cementerio, y tuviese que buscar la principal, la del matadero, y pasar por el despacho del director para llevarse una bronca.

Dio un mordisco al pan duro, se bebió el resto de la leche de un trago, se abrigó, cogió los libros y se los echó a la espalda, sujetos por una correa. Tenían mal aspecto sus libros, viejos, con las puntas arrugadas. Era lo que pasaba si no tenías cartera: que los libros envejecían rápido, como las personas sin hogar.

La niebla había espesado cuando salió a la calle y presentaba la consistencia de una buena bechamel.

Es curiosa, la niebla. Amortigua los sonidos próximos pero parece amplificar ecos lejanos. La niebla distorsiona las distancias y nos lleva a caminar de más para alcanzar nuestro destino. Nos obliga a tomar malas decisiones. Nos vuelve lentos y estúpidos. Los días de niebla hay que prestar atención a cuanto se agazapa entre ella y apretar los dientes para que el miedo no nos domine. Y eso es algo enormemente trabajoso, mucho más que caminar bajo un cielo limpio y protector.

Sin embargo, esa mañana ocurrió todo lo contrario.

Tras apenas alejarse un centenar de pasos, Germán perdió de vista su casa, que fue engullida por la niebla. Luego, en un tiempo brevísimo, adivinó ya, frente a sí, el perfil de la tapia del cementerio. En días como aquel, le servía de referencia para llegar al colegio porque las puertas traseras de ambos se hallaban frente a frente.

¿De qué idiota habría sido la estúpida idea de construir el colegio en aquel solar, justo entre el cementerio y el ma-

tadero? No era de extrañar que todos los alumnos sufriesen pesadillas. Y que ni uno solo de ellos hubiese llegado a la Universidad. Estudiar todo el bachillerato rodeado por la muerte a diestra y siniestra marca a cualquiera.

Germán giró a la izquierda y caminó paralelo a la tapia, separado apenas un par de metros de la pared. Enseguida, pasó ante la zona de los fusilamientos. Treinta metros de tapia acribillada a balazos; treinta metros donde, apenas unos meses atrás, al comienzo de la guerra, se ejecutaba cada noche a los traidores. Por descontado, nadie había reparado los impactos de los proyectiles sobre los ladrillos rojos; así servían de recordatorio y escarmiento.

Germán, como cada día, recorrió aquel trecho mirando al suelo.

Por fin, tras doblar la esquina, avanzó junto a la tapia sur, manteniendo la distancia, al encuentro de la entrada trasera del camposanto. Al llegar a ella, se hallaría frente a la puerta del colegio y ya solo tendría que cruzar la calle evitando ser arrollado por alguno de aquellos automovilistas que venían de la capital y cruzaban apuestas a ver quién se llevaba por delante a más peatones.

Al llegar ante la puerta del cementerio, Germán descubrió tras ella a los hermanos Castejón, los hijos del sepulturero. Se llamaban Hernán, Iván y Julián. Hernán, que era el mayor, se llamaba así por Hernán Cortés, aunque sus padres pensaban que Hernán Cortés era un boxeador cubano.

Los tres hermanos permanecían inmóviles, al otro lado de la verja, mirándolo a través de los barrotes de hierro, pálidos y ojerosos, como siempre. Los labios, morados, como si estuviesen próximos a morir de frío.

Germán los saludó con un gruñido amistoso.

–Hola, Goitia –dijo Iván, el mediano de los hermanos–. Lamentamos mucho lo de tu madre.

Germán se detuvo y volvió hacia él una mirada inquisitiva. Con el rostro suavizado por la niebla, Julián Castejón parecía algo menos feo de lo habitual.

–¿Qué dices de mi madre?

–Digo que mis hermanos y yo sentimos mucho que haya muerto.

Germán no se inmutó. Sabía que los hermanos Castejón no estaban demasiado bien de la cabeza. Siempre rodeados de cadáveres, en ocasiones veían muertos donde no los había.

–¿Qué demonios estás diciendo? Mi madre no ha muerto.

–¡Claro que sí! La hemos enterrado esta mañana. Mis hermanos y yo hemos cavado la tumba. Una tumba enorme. Yo odio cavar, pero hay que echarle una mano a mi padre que, últimamente, no da abasto. Cada día hay más muertos. Más trabajo por el mismo sueldo miserable. Cada muerto necesita una tumba, ya sabes: rico o pobre, todos tienen su agujero. Como tu madre.

–No era la madre de él, idiota –intervino entonces el hermano mayor, de súbito, como si cobrase vida repentinamente.

–Sí que lo era, mendrugo.

–Que no.

–Que sí.

–¡Basta ya! ¡Mi madre no está muerta! –gritó Germán–. Acabo de desayunar con ella, apenas hace unos minutos –mintió.

–¿Lo ves, inútil?

–¡Déjame! Sería la madre de otro, pues –replicó Julián, con total indiferencia–. La de Pallás. O la de Iturmendi. ¡Qué sé yo! Han muerto tantas madres que igual me confundo...

Eso era cierto. Había muerto en el pueblo tanta gente en los últimos meses que Germán encontró el error perfectamente disculpable.

–¿No venís al colegio? Ya es hora de entrar.

Hernán Castejón señaló con la mirada las tres vueltas de cadena, aseguradas mediante un enorme candado, que unían las dos hojas de la puerta de hierro.

–No, no podemos. Tenemos que ayudar a nuestro padre. Tenemos que permanecer de este lado de la tapia.

–Dentro de los límites del cementerio, ya sabes –aclaró Hernán.

–Además, mi padre ha perdido la llave de este candado y dar la vuelta para salir por la puerta grande es toda una caminata.

Germán miró a los tres hermanos. Eran raros, los Castejón, muy raros.

–Bueno..., pues yo sí voy a clase. Hasta luego.

–Agur –dijo el pequeño Julián. Y esa fue la única palabra que pronunció.

## Ojos que gritan

Cuando Germán atravesó la puerta del colegio, el portero Matías había empezado ya a cerrarla. Por suerte, el porta-

lón de madera maciza tenía tales dimensiones que la operación le llevaba un tiempo larguísimo y, gracias a ello, el chico echó a correr y logró pasar por la abertura en el último instante, como una carta por la boca de un buzón.

Se dirigió a su aula sabiendo que la clase ya estaría empezada y le iba a caer un buen rapapolvo de don Silvestre, el profesor de Ciencias Naturales. No fue así, sin embargo. Tres circunstancias lo dejaron perplejo al entrar en el aula sin llamar, como establecía la norma del colegio. La primera fue que don Silvestre no estaba de pie en el estrado. Eso resultaba insólito. Don Silvestre era extremadamente puntual. Hoy, sin embargo, no estaba allí. Ni de pie ante el estrado ni sentado tras su mesa ni en ninguna otra parte. No estaba.

La segunda circunstancia sorprendente fue que, pese a la ausencia del profesor, los alumnos guardaban silencio y permanecían tranquilamente sentados en sus pupitres dobles.

El tercer detalle, quizá el que más sorprendió a Germán, fue que, de sus treinta y siete compañeros de curso, solo había dieciséis. Y ninguno de ellos se volvió a mirarle cuando abrió la puerta de la clase.

Todos ellos estaban sentados, inmóviles, callados.

Germán avanzó con pasos cautelosos hacia su pupitre, uno de los cuatro situados junto a las ventanas. Se hallaba vacío porque Pepín Artal, su compañero, era uno de los ausentes. Antes aún de ocupar su asiento, Germán alzó la tapa del cajón y metió en él los libros y el plumier de madera. Solo entonces se sentó y lanzó una mirada de reojo hacia los demás. Al hacerlo, sintió que se le erizaba el espinazo.

El más cercano era Martín Esquiroz, que se sentaba en el pupitre de delante, en el lado del pasillo. Esquiroz permanecía inmóvil, de perfil, con la piel de un color ceniciento que no presagiaba nada bueno. Pero lo más escalofriante era aquel objeto extraño, de apariencia metálica, que sobresalía de la parte trasera de su cuello y también del cuello de todos los demás. Como el extremo de un enorme clavo de cabeza redonda.

En un gesto reflejo, Germán se llevó la mano derecha a la nuca. Le sorprendió que sus dedos no tropezasen con algo parecido.

–Oye, ¿qué es eso que todos lleváis ahí? –le susurró Germán a Martín; y ante la falta de respuesta de este, insistió–. Lo del cuello. ¿Qué es? Me refiero a eso que os sale por detrás, como, como...

Entonces Martín se volvió hacia él. Y al contemplar su rostro, sintió Germán que todo el aire que contenían sus pulmones escapaba de golpe, provocándole un mareo. Solo tras unos segundos de horror, logró aspirar una nueva bocanada que utilizó para lanzar un grito corto mientras retrocedía trastabillando hasta golpearse de espaldas con la ventana.

Donde Esquiroz debía tener los ojos, ahora solo mostraba dos cavidades que parecían destilar hacia las mejillas sangre oscura y espesa.

Con el grito de Germán, el resto de los alumnos se volvieron hacia él. Todos ellos habían perdido los ojos. Sus cuencas vacías eran como pequeñas bocas gritando en silencio.

Entonces, Germán despertó de nuevo.

## DOS

De todos es bien sabido que un verdadero asesino no necesita motivos; tan solo víctimas.

**G**ermán Goitia abrió los ojos en una sala de paredes blancas. Respiraba agitadamente, tumbado sobre un catre. Se incorporó trabajosamente mientras trataba de concluir si la mancha del techo, la niebla, los hijos del sepulturero y las cuencas vacías de los ojos de sus compañeros de colegio constituían un sueño o un recuerdo.

«Demasiado vívido para ser un sueño –pensó–. Las pesadillas se desdibujan en la memoria de inmediato. Apenas despiertas, lo soñado se desmenuza, se hace añicos y ya no puedes volver a componer con ello una escena coherente. Esto no ha sido un sueño. Tiene que tratarse de un recuerdo, por tanto. Un recuerdo lejano, de cuando era un niño. Pero ya no lo soy. No soy un niño».

Se miró las manos; manos de viejo. Antebrazos de viejo.

¿Por qué vestía un pijama grueso, de aquel color tan extraño, ni gris ni verde ni marrón?

La sala estaba vacía, salvo por el catre, de jergón metálico encarcelado en la pared. Carecía de ventanas y tan solo una puerta metálica, como la de una celda, interrumpía la continuidad de los cuatro tabiques enfoscados de cal.

Oyó sonido de cerrojos y la puerta se abrió, con un lamento de bisagras.

Entró ella. La reconoció. Sus labios, tan rojos; sus ojos, tan grandes; y aquel busto inverosímil, desafiando siempre la ley de la gravedad. Sabía que se llamaba Dolores.

–Tiene visita, Germán –dijo la mujer.

No era una pregunta, así que no esperó respuesta. Dolores salió y entraron al momento dos sujetos. Uno era alto y delgado. El otro, no. El otro era un tipo normal, ni alto ni bajo, ni delgado ni grueso. Germán giró lentamente sobre su trasero hasta quedar sentado en el borde del catre y con los pies, descalzos, apoyados en el suelo de terrazo. Frío.

El más alto de los dos hombres avanzó hacia él, mientras su compañero, el hombre normal, permanecía en segundo plano.

–Soy el inspector Arcusa, Manuel Arcusa. Y él es el inspector Ramón de la Calva.

–¿Inspectores? ¿Inspectores de qué? ¿De la compañía del gas?

Arcusa sonrió.

–Esa es una buena broma. Mejor que la del Dúo Dinámico, que es la que todo el mundo nos hace. Somos inspectores de policía, señor Goitia. Seguro que usted ya se había dado cuenta.

Pues claro. Los recién llegados vestían como visten los inspectores de policía cuando visten de paisano, así que

Germán ya había deducido que eran inspectores de policía vestidos de paisano.

–Usted también lo fue, hace años –dijo el poli más bajo–. ¿Lo recuerda?

–Claro que lo recuerdo –respondió Germán, adoptando un aire ofendido mientras trataba de encontrar en su memoria, sin éxito, algún indicio de que semejante cosa pudiera haber sido cierta–. ¿Qué es lo que quieren de mí, compañeros? No habrán venido a arrestarme, ¿verdad?

No había una sola silla en la habitación, así que el policía alto se acuclilló frente a Germán para poder mirarle directamente a los ojos.

–Me dejaré de rodeos, señor Goitia: el Matarife ha vuelto.

Germán Goitia se sacudió en un breve escalofrío al oír aquello. Cerró los ojos y contó hasta veinte. En esos veinte segundos, una avalancha de imágenes antiguas y nada agradables cayeron en cascada sobre los pliegues de su cerebro. Seguía sin recordar quién era y quién había sido, pero sí recordaba quién era el Matarife. Y eso arrastró consigo, poco a poco, todo lo demás.

–No es posible –musitó después de la pausa–. ¿Se refiere al Matarife que...? No, no, no. Es imposible. Imposible.

–Lo sabemos –admitió el inspector De la Calva, que permanecía en pie en el centro de la sala–. Sabemos que no puede tratarse del mismo sujeto. Han pasado más de cincuenta años y, suponiendo que aún viviera, el Matarife sería un hombre muy anciano. Hay casos de criminales longevos, desde luego, pero lo más probable es que nos halleemos ante un imitador. Un imitador muy bueno, que utiliza los mismos métodos que aquel asesino, hasta un punto que nos tiene

desconcertados. Usted fue el policía que logró identificar y capturar al Matarife en mil novecientos sesenta y cuatro. Quizá pueda ayudarnos ahora a detener al suplantador.

Germán bajó la vista. Negó con un movimiento leve de la cabeza.

–No creo que pueda serles de ayuda, inspectores. ¿Saben cuántos años tengo?

–Según su ficha personal, nació usted en mil novecientos veintiséis. Noventa años, por tanto.

Germán se miró las manos, de nuevo. Primero, por las palmas y, luego, por el dorso. Tenía las uñas largas y sucias. Y, desde luego, eran las manos de un anciano. Temblorosas y ajadas; salpicadas de manchas cutáneas.

–En realidad, no cumplo los noventa hasta septiembre, de modo que soy todavía un joven octogenario. Pero incluso a esta temprana edad, la maldita cabeza te empieza a jugar malas pasadas. No es fácil de entender hasta que te ocurre. Incluso hay gente a la que le ocurre y no lo entiende. Pero yo sí. Yo sé que algo no funciona bien aquí dentro –admitió Germán, tocándose repetidamente la frente–. Sin ir más lejos, hace un momento soñaba que era niño y que acudía al colegio. Uno de esos malditos sueños de los que resulta difícil despertar. De hecho, ahora mismo podría ser que aún siguiera soñando. En ocasiones, no logro distinguir si estoy viviendo, si estoy soñando, si estoy inventando lo que vivo o viviendo lo que invento o inventando lo que sueño. Ustedes dos podrían no ser sino fruto de mis desvaríos. Resulta desconcertante..., y aterrador, se lo aseguro.

22 –Le garantizo que el inspector De la Calva y yo somos de verdad –dijo Arcusa, tratando de adoptar un tono de convicción.

–Eso es justo lo que diría su personaje ahora si yo lo hubiese inventado –replicó Germán.

Los dos policías se miraron de reojo.

–Nos hacemos cargo de sus limitaciones, Germán –admitió De la Calva–, pero lo necesitamos. Tendrá que hacer un esfuerzo.

Goitia se rascó la nuca largamente antes de volver a hablar.

–Y ¿por qué no consultan el expediente del caso? –les propuso–. Los expedientes policiales suelen tener mejor memoria que las personas de mi edad.

Arcusa se incorporó. Ya no aguantaba más en cuclillas y, al ponerse en pie, le crujieron escandalosamente las rodillas. Y solo aparentaba cuarenta y cuatro años.

–Por desgracia, del expediente del Matarife no queda gran cosa por culpa del incendio de los archivos de la Dirección General de Seguridad de mil novecientos setenta y dos. En aquellos tiempos no había ordenadores. Todo se guardaba en papel. Los originales quedaron destruidos y la copia que quedó en los archivos del ministerio es prácticamente ilegible. Por lo visto, la DGS andaba escasa de fondos y apuraban el papel carbón hasta que ya casi no servía. El paso del tiempo ha convertido las palabras en una mera sombra gris sobre papel amarillento.

–Hemos tenido que recurrir a recuperar la información aparecida en los periódicos de la época –continuó De la Calva–, siempre incompleta. Más aún, la de aquellos años en que el gobierno todo lo filtraba. Había un ministerio que decidía lo que los españoles podían conocer y lo que no a través de los medios de comunicación.

–Lo recuerdo –admitió Germán–. Ministerio de Información y Turismo, se llamaba. Una rara mezcla de competencias.

–También hemos encontrado algunos datos en los documentos relativos al juicio que se celebró al año siguiente y en el que se condenó a muerte al Matarife. Pero son confusos. Confiábamos en que usted nos podría aportar información de primera mano.

–Lo necesitamos, Germán –concluyó Arcusa–. El Matarife acabó en el sesenta y cuatro con la vida de nueve adolescentes.

–De diez.

–¿Ah, sí? Bueno..., sea como sea, no podemos consentir que semejante cosa se repita. Hemos de atrapar a ese imitador lo antes posible. No podemos quedarnos de brazos cruzados esperando que las pistas de cada nuevo crimen nos permitan avanzar en la investigación. Necesitamos recortar la distancia que nos lleva el asesino o lo más probable es que, dentro de unas semanas, tengamos la morgue llena de cadáveres de adolescentes con un punzón de matarife metido entre la tercera y la cuarta vértebras.

Germán alzó lentamente las cejas.

–Tan preciso, ¿eh?

–En efecto. Era así como actuaba el Matarife original, ¿verdad?

Goitia asintió de nuevo, muy lentamente.

–Exactamente así: entre la tercera vértebra y la cuarta. Como hacían los buenos matarifes de mi pueblo para sacrificar a los terneros. De un único martillazo les hundían un clavo triangular, grande y afilado, justo en ese punto. Si lo hacían correctamente, el animal caía muerto al instante. Seco. Pero los más torpes o inexpertos a veces fallaban el

golpe y, entonces..., la cosa se complicaba de un modo muy desagradable.

De repente, el discurso de Germán se interrumpió y sus ojos perdieron momentáneamente su brillo.

–¿A qué se refiere con eso, Germán? –le preguntó Arcusa.

El anciano respiró lentamente dos veces antes de seguir.

–Estaba recordando... A los veteranos del matadero les encantaba gastar novatadas a los recién llegados y podían llegar a vivirse escenas dantescas entre las carcajadas de los matarifes. En cierta ocasión, encargaron a un recién llegado sacrificar a un buey enorme, pero manipularon el cajón de muerte dejándole cierta holgura al bicho, de modo que podía removerse y resultaba mucho más difícil acertar a darle la puntilla. Como era de esperar, el novato falló. El buey herido logró romper el cajón y escapar. Recorrió enloquecido el interior del matadero hasta dar con la salida, cruzó la calle e irrumpió en el edificio de las escuelas, que se encontraba justo enfrente.

–Y ¿qué pasó?

–¿Qué pasó? ¡Que lo arrasó por completo, eso pasó! Aunque por verdadero milagro no causó víctimas, a la mayoría de los alumnos la imagen de aquel maldito animal entrando sin llamar en las aulas, derribando las puertas y tirando cornadas a diestro y siniestro mientras sangraba a chorros por el cuello berreando su agonía les causó tal impresión que jamás lo borraron de su memoria. Lo sé por experiencia.

Ramón de la Calva había sacado una libretita del bolsillo y tomaba algunas notas rápidas. De pronto, se detuvo. Se le había secado la boca.

–Cuenta usted esa anécdota como si la hubiera vivido –comentó con toda intención–. ¿Era usted uno de aquellos niños?

–Lo era. Tenía siete años cuando ocurrió. Y el matarife al que gastaron la novatada..., era mi madre.

–¿Su madre? –exclamaron los dos policías, al unísono.

–¿Su madre era matarife? –insistió Arcusa–. Supongo que era un oficio muy poco habitual entre las mujeres.

–Así es. Pero a ella le venía de familia. Mi abuelo Luis le enseñó el oficio, por si un día le hacía falta. Y claro que le hizo falta cuando su marido, mi padre, se fue a por tabaco un día y ya no volvió jamás. Desde entonces, ella me sacó adelante trabajando en el matadero. Cobraba un buen sueldo, esa es la verdad.

–Y ¿cómo acabó el incidente del buey? –quiso saber De la Calva.

Alzó Germán al cielo una sonrisa. Luego, se levantó y caminó vacilante por la sala, gesticulando mientras terminaba de contar la historia.

–Tras atravesar de parte a parte el colegio, salió por la puerta trasera y entró en el cementerio, que estaba al otro lado de la calle. El animal iba dejando un reguero de sangre ciertamente importante, así que, tras destrozar varias sepulturas, comenzaron a fallarle las fuerzas y acabó cayendo en una fosa preparada para acoger el ataúd de don Nicasio Echegoyen, uno de los ricos del pueblo, cuyo funeral debía celebrarse por la tarde. Allí lo remató de dos tiros el cabo de puesto de la Guardia Civil. ¡Pam, pam! Ulpiano, se llamaba.

–¿El buey?

–No, el cabo. El nombre del buey era Pampero.

Arcusa y De la Calva se miraron de nuevo entre sí, un tanto perplejos, hasta que se percataron de que Goitia, a su

vez, los miraba alternativamente, con el ceño fruncido. Se había quedado serio.

—¿A cuántos ha matado hasta ahora? —preguntó Germán de repente.

—De momento, a tres —respondió Manuel Arcusa—. A razón de uno por semana. Dos chicos y una chica. Los tres de catorce años. Los tres muertos de igual manera: con un clavo de matarife en la nuca.

—Y..., ¿eso es todo?

—¿Le parece poco? —preguntó Arcusa. Pero, de inmediato, intervino su compañero.

—No, no es todo. Además, les saca los ojos.

—¡Caray! ¡Es perfecto! —exclamó el anciano, tras una pausa corta.

—Y, al parecer, se los lleva consigo. Las tres víctimas tenían las cuencas vacías, pero no hemos encontrado por ningún sitio los globos oculares.

Goitia se sentó de nuevo en el catre y se mesó los escasos cabellos.

—Eso es, sí señor: se lleva los ojos de los chicos. Igual que el verdadero Matarife. Qué interesante...

Tras eso, sobrevino un largo silencio, más de un minuto, que acabó rompiendo el inspector De la Calva, que se había plantado en el centro de la sala con las piernas abiertas y las manos en los bolsillos del pantalón.

—¿Nos va a echar una mano o no, señor Goitia?

Germán extendió los brazos e inclinó la cabeza, hasta casi parecer un cristo románico.

—Desde luego que sí, inspectores. ¿Cómo puedo hacerlo?

–De momento, cuéntenos todo lo que recuerde del caso del sesenta y cuatro.

–Uf..., no será fácil. Hace de eso medio siglo.

–Inténtelo, señor Goitia. ¿Cómo empezó? Su primer contacto con el asunto del Matarife. Desde el principio. Haga un esfuerzo, por favor...